

Acercóse al león, le tocó el rostro con la varilla y el león abrió la boca en la plenitud de las mandíbulas.

Aquél era el momento terrible del peligro.

Se acercó el domador, se alisó el cabello, e introdujo la cabeza en la boca de la fiera.

Cley, que no había dejado la varilla, al tirar los brazos para atrás, tocó al león, que, enfurecido, cerró terriblemente las mandíbulas.

Se oyó como el quebrar de un hueso.

El león había triturado el cráneo del domador.

La concurrencia lanzó un grito de espanto.

El cuerpo de Cley quedó colgando de la boca del león, bañado por la sangre.

Cuando el olor de aquella sangre fué absorbido por la pantera, pensó en los instantes salvajes, al desierto, y se arrojó sobre el cadáver del domador.

Hubo una escena horrible.

La pantera devoraba a Cley, mientras el león, majestuoso como un héroe, tenía puestas sobre él sus garras.

Ni los gritos, ni los pistoletazos tirados al aire, ni los hierros que metían por las barras de la jaula, pudieron contener a las fieras.

El león dió un espantoso rugido, que conmovió todo el teatro.

La luna opaca como un globo veneciano, inmóvil y fija, parecía una lámpara funeraria, colgada en la mitad del cielo.

—¡Al diablo con tu cuento!—gritó Juan.

—Yo lo he visto—dijo el alemán.

Manuel estaba muy preocupado.

## VI

Cuando emprendieron la retirada y el fuego había cesado, Juan se acercó a Manuel.

—Ya ves como no pasó nada.

—Es verdad—contestó Manuel, ya con tono alegre—; fué una sombra que pasó por mi cerebro, pero ya estoy contento.

El general Blanco, después de aquel golpe sin nombre, regresó con sus tropas a Michoacán.

Inútil es decir que «Hambre-viva» pidió la vanguardia en la retirada.

Los amigos llegaron precisamente a Morelia.

El general Huerta, que se había hecho centro de los recursos de la revolución, no teniendo recursos suficientes, pues las rentas del Estado estaban en ruina, impuso al clero una contribución de noventa mil pesos.

Se presentó en Palacio el delegado de la Mitra.

—Señor—le dijo al general Huerta—, hemos recibido el oficio del Gobierno y la indicación de un grande empréstito.

—No es una indicación precisamente—dijo el gobernador de Michoacán—; es una orden.

—Muy bien, señor general—dijo el clérigo—; vengo a traer la contestación, que usted se servirá tomar en consideración.

—Ya lo escucho.

—Pues la Iglesia no puede ayudar a los gastos de la revolución.

—No es exacto—dijo Huerta—, porque a la verdadera revolución la está manteniendo con sus caudales; y entienda usted, señor delegado, que el Gobierno legítimo es el del señor Juárez.

—Yo nada más trasmito, señor general.

—Pues siga usted trasmitiendo.

—Yo creo, señor general, que esto es un atentado, pues el movimiento de ustedes es contra la religión.

—No hable usted de religión, señor delegado, porque ella no aconseja la guerra fratricida; ella no se goza en la sangre, ni en la ruina, ni en la devastación.

—Pues así lo juzga el venerable clero.

—Pues dígame usted al venerable clero, que, puesto que tiene abierta su caja para la guerra, los dos contendientes tenemos derechos iguales.

—Es que allá se nos defiende.

—Sí, es verdad; se defiende a ustedes, pero no a la religión.

—Eso va en pareceres—dijo el delegado.

—Ustedes—gritó el general—, convencidos de su impotencia, están traicionando a la Patria; no se nos esconde que los ministros de Zuloaga pretenden establecer una monarquía en México con un príncipe español, y que Almonte, Hidalgo y otros conspiran en Europa contra la independencia de México; que ya convencidos de que no pueden con nosotros, se vuelven al extranjero; pero es necesario que sepan que nosotros defendemos nuestra tierra, regándola con nuestra sangre y que el pueblo luchará eternamente por su libertad.

—Yo no sé nada de eso.

—Pues lo debía usted saber, porque el clero es y continúa siendo, el enemigo jurado de la independencia.

—Pero, señor...

—Que ustedes quieren hacer de Miramón un dictador, y siervo de la iglesia, que lo empujan a los peligros, que le cantan «Te Deum» y salmos ridículos para que se sacrifique; y cuando ya ven su impotencia y la fuerza terrible de la revolución, a pesar de sus triunfos efímeros y de sus falsas victorias, ya le comienzan a negar los recursos y se entregan imprudentemente en brazos de los extranjeros.

—Todo eso es una calumnia.

—No; ya la nación entera está al tanto de la traición; pero así como ya llevamos dos años de combates, sin que se haya logrado abatirnos, así lucharemos por la Patria. ¡Puede us-



ted decirles que tenemos fe, primero en el triunfo de la libertad, y después en el de la independencia!

—Está muy exaltado, señor general.

—Tiene usted razón: hablemos de nuestro asunto.

—Por ahora—dijo el delegado—, ofrecemos... cinco mil pesos.

—Yo no me presto a burlas; hemos terminado.

—Señor, podremos hacer hipotecas sobre San Nicolás, y yo creo que llegaremos a treinta mil.

—Ya no pido, señor delegado; puede usted retirarse.

—Perdone usted, señor general; puede usted sacrificarme, si así le place, pero nosotros protestamos desde ahora, contra cualquier atentado.

—Pues dispónganse o anticipense a protestar, porque mañana voy a tomar por la fuerza lo que se me niega por la voluntad.

El delegado se puso pálido y tartamudeó algunas palabras.

El general se levantó, y, sin saludar al clérigo, se entró en su despacho.

El delegado salió como alma que se lleva el diablo.

El general Huerta dió las órdenes para ocupar la plaza y las alhajas de la Catedral de Morelia.

El coronel Mariano Escobedo tendió un batallón de fronterizos en el atrio de la Catedral, dispuesto a sofocar cualquier motín clerical, y como ya se sabía lo que era el coronel fronterizo, nadie se atrevió a oponerse a la orden tan atrevida del gobernador.

Se eligió la fuerza fronteriza, porque los soldados casi ni conocen a los frailes, y, si los conocen, no les guardan ni respeto, ni consideraciones; para ellos aquella ocupación de la plaza, les era tan indiferente como la ocupación de las alhajas de la Virgen de San Juan de los Lagos, por el general Blanco, también fronterizo.

El coronel Porfirio García de León, fué el comisionado para la operación ordenada por el general Huerta.

García de León era sumamente arbitrario, hombre sin educación; pero obediente hasta el extremo y de gran valor.

El coronel llamó a los estudiantes, que ya tenían respetable grado en el ejército, y los invitó para que lo acompañasen.

—¡Con mucho gusto!—gritó «Juan Gallinazo»—Estoy en mis glorias.

—Aquí nos las pagan—dijo Pedro.

—Esta es la entrada de Lutero—agregó Manuel.

El alemán, que era un socarrón, se aprestó para el combate.

En grupo se dirigieron a las seis de la mañana a la Catedral; colocaron centinelas en las puertas del templo, y entraron con toda confianza.

Los sacristanes estaban disponiendo los ornamentos para la misa, y los mozos barrían las naves.

Luego que vieron entrar a aquel grupo, con los sombreros

puestos y las pistolas, quisieron correr; pero los muchachos los atraparon por el pescuezo.

—¡Aquí, ratas de sacristía!—gritó «Juan Gallinazo».

Los mozos se echaron al suelo.

—¡Al que se mueva, lo aplasto de una patada!

«Hambre-viva» estaba tras del general; su idea fija era la retaguardia.

Los sacristanes corrieron para tocar las campanas.

Manuel y Carlos, ligeros como galgos, los atraparon.

—¡Por aquí, zánganos!—y a patadas los metieron a un cuarto de la sacristía, donde también encerraron a los mozos.

La gente se atumultó a la entrada de la Catedral; pero las puertas estaban cerradas; así no había lugar a conversaciones.

Luego que estuvieron solos, abrieron las alacenas, sacaron los vasos sagrados, amontonaron los ramilletes, candeleros, ciriales y cuanto encontraron de valor.

Bajaron los candiles; se apoderaron de cuanta alhaja estaba a la mano, e hicieron una rebusca escrupulosa.

Eran muchos los objetos que había en la Catedral y no era obra de un día; necesitaron cinco, para llevar aquel tesoro.

Los clérigos estaban hidrófobos.

Cada seis horas salía un extraordinario para México, pintando aquella escena y pidiendo auxilio al Gobierno reaccionario.

Al Gobierno «mocho», se le hacía agua la boca al pensar en aquella ocupación; pero no pudo enviar ni un soldado y la operación se llevó a cabo con entera satisfacción, importando el valor de medio millón de pesos, y eso dando barato, porque así lo exigían las circunstancias.

Los estudiantes estaban locos de contento; quién se trepaba a un altar; quién cargaba con los copones, remedando a los frailes; quién se plantaba las casullas y los bonetes: aquello era un asalto de sarracenos.

El pueblo reía con gusto de lo que los frailes llamaban «profanación».

—Y les dejamos las campanas, por consideración—decía Manuel.

—Y no nos llevamos los confesionarios—gritaba Pedro—, porque están llenos de pecados.

—Sería bueno cargar con el órgano, para darle una serenata al obispo—gritó «Juan Gallinazo».

Fueron cinco días de broma y de trabajo, en que se recogió aquel mundo de objetos valiosos.

Los reaccionarios de Morelia tenían fiebre.

—Allí van los excomulgados—gruñían las beatas.

—¡Ladrones sacrílegos!—exclamaban los santurrones.

A los estudiantes les daba mucha risa.

Hay un gozo salvaje en hollar lo que han venerado otras generaciones; ésa es la historia del progreso.



## V

El pueblo estaba reunido en el atrio, comentando aquel suceso.

Entonces tuvo lugar una escena que vamos a narrar aquí. Entre los partidarios de la revolución, contábase muchos honrados hombres, que habían pertenecido en cuerpo y alma a los gobiernos clericales.

Testigos y a veces víctimas de los abusos y de los crímenes de estos gobiernos, veían con alborozo la aproximación de una época de «libertad» y de «garantías»; y el tono de algunos periódicos revolucionarios infundía pavor en aquellos espíritus, iluminados solamente por los severos diálogos del «Ripalda».

Cuando buscaban el origen de los trastornos sociales, se decían al oído, tímidamente: «¡El clero!» Pero comenzaban a creer de buena fe que la «religión» estaba en peligro. El «gobierno de Dios», el «Estado ateo», el «ataque a las creencias», la «abolición de los principios de la moral», el «despojo de la Iglesia y de los bienes de los pobres», y otras muchas frases hoy desacreditadas, hacían entonces un efecto que sólo puede imaginarse cuando se recuerda que la simple institución de un «Registro Civil», fué considerada como herética y fulminada con el rayo de la excomunión, como un ataque a la santidad de los sacramentos.

En tal estado de las creencias, no era extraño que de entre los grupos populares se levantaran protestas contra la rapidez o la exageración del movimiento, pidiendo se salvaran ante todo las instituciones divinas, y, por consiguiente, los tesoros y la autoridad política de la Iglesia. «¡Hágase la guerra contra los hombres—se decía—; no contra Dios!»

Estas palabras, que encerraban todo el sistema de los estudios clericales, se dejaron oír en cierta reunión que celebraba al aire libre una falange de artesanos.

Entonces se puso en pie sobre el guardacantón un oficial de imprenta, llamado «Altamira», y pronunció con una calma no exenta de sarcasmo, estas palabras, poco más o menos, dignas de grabarse en la historia.

Pero antes digamos que Altamira tenía setenta años, era de los liberales del año veinticuatro, con la religión única y otras fruslerías.

Había entrado en la masonería, y allí se había hecho progresista.

Altamira era el ídolo del pueblo de Morelia; ponía cortinas el 16 de septiembre, y era muy dado a decir discursos patrióticos. Había estado muchas veces en la cárcel por liberal; era amigo del general Degollado, y los reaccionarios le llamaban populachero.

Conspiró contra Santa Ana y estaba por la reforma.

Luego que supo la ocupación de los bienes de la Iglesia, se dijo:

—Esta es la mía; voy a pronunciar un gran discurso; le voy a abrir los ojos al pueblo.

Se puso una chaqueta-dormán de paño azul, con muchas docenas de botones dorados, un pantalón gris, un gran sombrero de copa, y se dirigió a la plaza, donde estaba el pueblo reunido.

Luego que apareció le dieron un aplauso y lo subieron sobre el guardacantón.

Hubo un gran silencio; tosió; se quitó el sombrero y saludó a la multitud, que respondió con vivas y aplausos.

Entonces, tomando un aire de Cicerón, comenzó la perorata con voz clara y chillona.

Las viejas le enseñaban los puños, y las beatas, que son muy curiosas, se acercaron a la tribuna improvisada.

Altamira soltó la lengua.

«Conciudadanos:

Entendámonos. No se trata de hacer la guerra contra Dios.

Dios permite, pero no manda, que se nos cercenen los salarios, se nos encuere, se nos rape, se nos apalee, se nos fusile y se nos mande iluminar nuestras puertas, para festejar el regreso del Serenísimo ladrón que vuelve de jugar a los gallos o de visita a sus queridas. (Aplausos).

Si Dios hiciera tales cosas, haríamos bien en esforzarnos por trepar de astro en astro para escalar su tronó, y alcanzar a sus arcángeles y degollar a sus serafines y ahorcar a sus dominaciones, y entrar a sacamano en los alcázares de la gloria. (Rumores).

Pero no es esto lo único que pretendemos hacer contra el Señor; después de haber agotado nuestras súplicas, es obligado a que cambie de «ministerio». (Vivas y aplausos).

Porque está bien probado que allá arriba, donde mana la fuente del poder universal, se tiene el mismo tino que su Alteza Serenísima, para elegir ministros, y se los elige precisamente entre la misma cáfila de insignes bribones. (Aplausos).

Entre Alamán y el arzobispo de Morelia no hay diferencia perceptible. ¡Bravo! ¡Bravo!

Dios y su Alteza podían permutarlos, sin perder ni ganar. (Risas).

Señores, persuádanse ustedes de que no hay gobierno ni partido de Dios. Dios no toma parte en la contienda de los intereses humanos; y si tuviera un partido, ese partido estaría siempre triunfante. Todas las revoluciones fracasarían.

Sería imposible conspirar.

El Presidente, los ministros, los generales y hasta los corchetes elegidos de Dios, tendrían sobre nosotros un poder sobrenatural que nos mantendría sumisos, sin permitir que



los ofendíeramos ni en el fondo de la conciencia. ¡Bravo!  
¡Bravo!

¡Sobre todo, serían invencibles!

¿Pero no hemos puesto en fuga, mil veces, el estandarte de los clérigos?

¿Habremos derrotado al dueño de los ejércitos?

¿Somos tan fuertes, que hemos desbaratado a sablazos las legiones mismas que vencieron a Lucifer y lo arrojaron al abismo?

No nos preocupemos, señores. Si el Señor no está con nuestros enemigos, los venceremos sin cometer un sacrilegio; y si está con ellos y los dirige, no temamos los resultados, porque para defenderse de nosotros no tiene a la mano sino generales tan cobardes y tan ignorantes como Santa Ana y tan mentecatos como Zuloaga. (Bravos y aplausos).

¡Pero qué! ¿Estos frailes rapaces y estos asesinos condecorados por la Virgen de Guadalupe, lograrán imponerse en nombre de la autoridad que dicen haber recibido del cielo?

Un gobierno de Dios que tiene por cortejo a los condes y marqueses y marquesas viejas que nos quedan de la conquista; a los abogados ladrones, a las criadas de los conventos, a los frailes y sus mancebas, a los mayordomos, a los diezmeros, a los oficiales, a los ministros españoles, a los hermanos del «Niño de Atocha» y de la «Cofradía del peñate», y que por sustentar su autoridad, necesita de tropas y de tinterillos, y de periódicos y de alguaciles; es un gobierno como otro cualquiera, infecto de los vicios humanos, y destinado, como todos ellos, a derrumbarse al primer impulso de la venganza popular.» (Aplausos vivos y aclamaciones).

Este discurso corrió la suerte de todos los discursos liberales.

Fué muy aplaudido; pero casi todos los oyentes se retiraron haciendo la señal de la cruz y temblando por la suerte de un hombre que parecía haber perdido el juicio o querer hundir su alma en los profundos infiernos.

## IV

La ocupación de los bienes de la Iglesia, dió al traste con el respeto que se había guardado hasta entonces.

Los revolucionarios se enteraron de que no llovía fuego del cielo y de que el diablo no tomaba parte en aquellas operaciones; y se tomaba el dinero de la Iglesia, donde se encontraba.

Los frailes también hicieron su agosto; pero, con el objeto de librar los bienes de la religión, hacían desaparecer los objetos de valor, que nunca volvieron al poder de la Iglesia.

La revolución seguía como un torrente espantoso y desbordado.

## CAPITULO XV

## CARLOS II EL HECHIZADO

## I

Durante los primeros meses de la dominación clerical llegaron a la República dos notabilidades europeas: Villergas, el sangriento crítico español, y Landaluce, el chispeante caricaturista, y pronto fundaron en la capital un periódico titulado «Don Junipero», que por la brillantez de sus artículos y lo candente de sus caricaturas, obtuvo un éxito inmenso.

Mas no podía ser viable, en plena dictadura militar, una publicación que, sin respeto ni mesura, hería con sus tremendas críticas a los hombres prominentes de la época: el doctor Sollano y el doctor Benites, viejas lumbreras de la vieja Universidad restaurada por el Ministerio conservador, habían sido puestos en el pílora del ridículo por Villergas, que desgarró con su cortante censura dos discursos de aquellos borlados retardatarios.

Llegó su vez de entrar a la lid a Landaluce, quien insertó en el «Don Junipero» una caricatura de Zuloaga, sentado en un sillón presidencial y colocado éste sobre un castillo de barajas.

El personaje así arrojado al desprecio público, no sólo tenía un perfecto parecido con el general que traicionó a Comonfort para asaltar el Poder, sino que llevaba en las manos un distintivo que lo denunciaba y descubría su personalidad, aunque al pie de la caricatura no estuviera su nombre.

Tenía, en efecto, dicho personaje en la mano izquierda una baraja presentando un «seis de oros», pero con el índice de la mano derecha cubría uno de los «oros», con lo que el seis quedaba convertido en cinco; y sabido era que desde que el general Zuloaga fué tallador en una casa de juego, llevaba el apodo de «cinco de oros», por lo afecto que era a esa carta, cuando jugaba albuere.

Estrepitoso escándalo provocó esa caricatura en Palacio y en el acto se dió orden de prisión contra Villergas y Landaluce, que por algunos días escaparon de la policía, ocultos en la hacienda de Guicochea, donde residía Zorrilla.

Sin embargo, la profecía de «Don Junipero» se cumplió algunos meses después: el Gobierno de Zuloaga se derrumbó como un castillo de barajas.

## II

Desde el triunfo de la Ciudadela, alcanzado por Osollo y Miramón, el general Zuloaga, aunque puesto como Presidente interino, hacía el papel más desgraciado.